

La Gran Muralla

Desde el golfo de Liaoning hasta los confines del desierto de Taklamakan los recorridos entrelazados de la Gran Muralla se deslizan durante miles de kilómetros sobre llanos y montañas. Su línea serpenteante, tal como ahora la conocemos, coincide con la isoyeta que separa las tierras aptas para la agricultura de las que sólo pueden sustentar el pastoreo: dos modos de vida que comportan dos formas de organización social y política muy distintas y económicamente complementarias. La relación entre ambos mundos fue esencialmente comercial a lo largo de los siglos y fueron ante todo las alteraciones a este tráfico las que provocaron las guerras entre los pueblos nómadas de las estepas y los imperios chinos sedentarios: las restricciones chinas a un intercambio comercial por el que sentían reticencia y que a menudo les era muy gravoso creaban tensiones en la estepa, mientras las sucesivas reunificaciones de la estepa generaban un aumento drástico de la demanda para satisfacer con los preciados productos chinos a los aliados de la coalición emergente. Contextos como éste, por otra parte intermitentes, generaban habitualmente una respuesta militar por parte de los chinos y, ocasionalmente, desembocaban en la construcción de murallas que delimitaran su imperio y le proporcionaran una línea defensiva. Los restos de estas murallas son los que conocemos hoy en día con el nombre genérico de Gran Muralla. A su silueta, que parece formar parte del paisaje árido y frío de la China del norte, se le atribuye a menudo una antigüedad de dos milenios y se la supone símbolo de un aislamiento altivo por parte del gran Imperio del Centro. Pero esta muralla, que por razones varias fascina a los europeos desde hace quinientos años, está muy lejos de ser una realidad simple.

Los primeros viajeros modernos de los que nos queda testimonio llegaron a China en el siglo XVI por mar y desde el sur: comerciantes portugueses afincados en Macao, misioneros castellanos procedentes de Filipinas y sacerdotes jesuitas enviados por Roma. Sus narraciones, al principio breves, no olvidan nunca mencionar la gran empalizada, el muro que serpentea sobre montañas separando China de los tártaros. Quizás por ello resulte tan sorprendente que Marco Polo, que tres siglos antes llegó por tierra y desde el norte, y cuya trayectoria hubiera debido cruzar en uno o varios puntos la Gran Muralla, no la citara para nada: de hecho éste es uno de los factores que ha hecho dudar de la veracidad de su viaje. Y, sin embargo, es posible que ambas apreciaciones, tan radicalmente opuestas, fueran correctas. Para ello deberíamos remontarnos a la historia de la Gran Muralla.

La costumbre de rodearse de murallas se generalizó en China en los siglos inmediatamente anteriores a nuestra era, cuando un puñado de reinos se peleaban por la hegemonía sobre la totalidad del territorio. Los recorridos de estas primeras murallas, construidas para defenderse de otros reinos chinos, poco tenían que ver con el trazado actual de la Gran Muralla: las primeras las levantaron en el siglo VII el estado de Chu, en el actual Henan, en pleno centro de China, y el estado de Qi, en el siglo V, al sur de la península de Shandong, en una zona muy alejada también de los límites septentrionales del mundo chino. Ya en el siglo IV antes de nuestra era, los reinos de Yan y Zhao, que lindaban con territorios de pastoreo nómada, levantaron por primera vez murallas que delimitaran las tierras de labranza de su propio reino y les protegieran a la vez de los ataques de sus vecinos de las estepas: las murallas chinas han servido siempre tanto para evitar que se salga como para impedir que se entre. Con la instauración del imperio en el 221 aC el primer emperador Qin Shihuangdi ordenó la

destrucción de todas las murallas interiores que separaban entre ellos los distintos reinos y dispuso también que el mejor de sus generales, Meng Tian, aprovechando las murallas más septentrionales de Yan y Zhao, construyera cuarenta núcleos amurallados que se conectaran entre ellos formando una Gran Muralla de 10.000 *li*, es decir de unos 5.000 kilómetros.

Aunque a nosotros ahora pueda parecernos una obra titánica, lo cierto es que la construcción del gran muro no impresionó sobremanera a sus contemporáneos ya que los grandes textos históricos de la época - las *Memorias Históricas* de Sima Qian o la *Historia de los Han* de Ban Gu, ambos escritos durante la dinastía Han - dedicaron a esta magna obra tan solo un par de líneas. La misma cifra impresionante de 10.000 *li* carece de precisión alguna, ya que el 10.000 se utiliza en chino como sinónimo de gran cantidad, sea de años, de metros, o de lo que sea, mientras la arqueología moderna tiene dificultades graves para identificar el trazado de esta primera Gran Muralla. En cualquier caso, su silueta, realizada con tierra apisonada como lo eran todas las murallas de la época, se desvaneció hace muchos siglos, como lo hicieron también los tramos de la Gran Muralla que realizó la dinastía Han entre el 200 aC y el 200 dC, y los de todas las dinastías constructoras de murallas de la edad media - los Wei del Norte (386-534), los Qi del Norte (550-574), los Sui (589-617), los Liao (947-1125) y los Jin (1115-1134) - .

Antes del siglo XVI, la Gran Muralla no fue en modo alguno una empresa continua, a la que cada dinastía fuera añadiendo tramos. Su trazado entrecruzado obedecía a necesidades defensivas cambiantes y puntuales y no todas las dinastías colaboraron en la empresa: no lo hicieron los Tang, una dinastía fuerte, muy relacionada con las grandes familias turcas de la estepa, nada inclinada a amurallar sus fronteras y muy interesada en cambio en potenciar el tráfico que circulaba por la ruta de la seda - una trama de caminos que recorría Eurasia y cuyo trayecto chino, punteado por múltiples mercados, discurría por los mismos cauces que la Gran Muralla - ; ni lo hicieron los Song, una dinastía débil, incapaz de resistir los embites de los pueblos del norte. Antes de la dinastía Ming (1368-1644), la muralla que protegía las fronteras septentrionales del imperio era una obra perecedera, un recurso entre los varios que había para enfrentarse con los bárbaros: la literatura china clásica la menciona muy raramente y no le confiere jamás simbolismo alguno, mientras su silueta no aparece tampoco en los miles y miles de rollos de pintura china, tan centrada sin embargo en las ondulantes siluetas de las montañas. La misma voluntad de construir murallas era también perecedera y la orientación de la corte a este respecto estuvo siempre a la merced de las luchas entre las diversas facciones, partidarias o contrarias de esta solución. Aunque la relación habitual con los nómadas fuera la comercial, ya que ambos producían productos que los otros necesitaban, los chinos miraban el comercio - no sólo el que se realizaba con los bárbaros del norte - con una cierta desconfianza: en un estado basado en los tributos de los campesinos, los comerciantes que intercambian bienes pero no los producen ocupaban el nivel más bajo de la escala social.

El imperio chino creó desde el primer momento - durante la dinastía Han en el siglo II aC - las tres grandes instituciones que servirían para controlar el comercio con sus vecinos del norte y que habían de perpetuarse durante 1.500 años: los mercados de frontera, sobre los que el estado mantenía un fuerte control; la política de regalos, que compraba la buena voluntad de los nómadas con una ingente cantidad anual de rollos de seda; y la entrega de princesas imperiales en matrimonio a los grandes jefes bárbaros, hecho éste que hallaría un profundo eco en la literatura china. Eran soluciones caras y las sucesivas cortes chinas intentaron de forma intermitente frenar los costos y reducir el volumen de los bienes que cruzaban sus fronteras. La reacción de los nómadas dependía

de su grado de cohesión en aquel momento: si existía una coalición y sus jefes tenían por tanto la necesidad apremiante de disponer ampliamente de productos con los que mantener la fidelidad de sus aliados, la guerra era inminente. Esta situación desencadenaba discusiones intensas en la corte china entre los partidarios de las diversas soluciones posibles: reabrir los canales del comercio, lanzarse a la guerra o contruir murallas. Todas las soluciones eran muy discutibles y por ello dinastía tras dinastía se inclinaban, a veces de forma intermitente, como los Han, por una de ellas. Construir grandes murallas no fue nunca, de todos modos, la solución más frecuente: la controversia se centraba esencialmente en el dilema entre seguir con la política de regalos – que en algunos casos, como en el de los Han Posteriores, en el siglo I dC llegó a absorber un tercio del presupuesto de estado – o lanzarse a costosísimas campañas militares que nunca alcanzaban una victoria definitiva y a menudo arrastraban a la dinastía a una decadencia irreversible.

Por otra parte, la construcción de grandes murallas poco podía apelar a aquellas dinastías que procedían directamente de la estepa. Aunque en algunos casos, como en el de los tuoba que fundaron la dinastía de los Wei del Norte en el siglo IV, la voluntad sinizadora de su élite los apartara del mundo de la estepa y les indujera a elevar murallas que cortaran los vínculos con sus parientes bárbaros, la mayoría de las dinastías constructoras de murallas fueron genuinamente chinas y sus élites tenían la profunda convicción de su superioridad cultural sobre los bárbaros de la estepa. Por el contrario, las dinastías que surgieron de la estepa – que fueron muchas – no tenían ninguna predisposición a levantar murallas: no la tuvieron la mayoría de los reinos de origen bárbaro que se repartieron el norte de China durante el período de Desunión entre los siglos III y VI de nuestra era. Los sucesivos reinos Liang, por ejemplo, que durante estos siglos ocuparon el corredor de Gansu – la gran arteria natural que une el centro de China con el corazón de Asia Central y por la que había discurrido la muralla de los Han – mantuvieron siempre un tráfico intenso con sus vecinos del norte que se retroalimentaba con el de las grandes caravanas que se adentraban por el corredor: en este contexto, a nadie se le podía ocurrir levantar murallas sobre los restos de las demolidas torres de los Han. Tampoco los Tang, entre los siglos VI y X, profundamente entroncados con la estepa, edificaron muralla alguna. Y mucho menos lo hicieron los mongoles, en el siglo XIII: aunque en su conquista de China Gengis Khan tuvo que destruir algunos tramos de las murallas que habían edificado los Jin y los Liao entre los siglos X y XII, ello no constió esfuerzo importante alguno – las historias ni lo mencionan – y el propio Gengis no parece haber tenido ninguna conciencia de hallarse ante una línea continua de grandes murallas. Cuando los mongoles se implantaron en China y formaron allí su propia dinastía Yuan, la conexión de China con Asia Central alcanzó su clímax y el fluir de las caravanas, en las que a menudo viajaban comerciantes y monjes europeos, alimentó un comercio activo antitético con las murallas. Que la nueva dinastía no hiciera tampoco ningún intento de destruir las murallas existentes indica que ni eran imponentes ni estaban investidas de simbolismo alguno. Por ello es lógico, en realidad, que Marco Polo ni la mencione: entre las muchas cosas que vió y escuchó, las viejas e intermitentes ruinas que de vez en cuando jalonaban su paso no tenían porque resultar altamente relevantes. Si le hacemos totalmente caso al veneciano habrá que concluir que ni en China, ni en Asia Central ni en Persia existía en el siglo XIII mito alguno sobre una Gran Muralla.

La Gran Muralla, tal y como la conocemos ahora, no empezó a construirse hasta finales de la dinastía Ming, en el siglo XVI. Esta dinastía, que surgió a mediados del siglo XIV como una reacción china contra los invasores mongoles, mantuvo siempre una relación belicosa – alimentada por las potentes corrientes culturales que en aquel

momento ensalzaban todo lo genuinamente chino y denigraban a los bárbaros exteriores - para con los restos del gran imperio que sobrevivían en el norte. Aunque el impulso inicial de la dinastía fue el de hacerles la guerra, las derrotas sucesivas y la reunificación creciente de la estepa acabaron arriconándola a una posición meramente defensiva y los partidarios de excluir definitivamente a los peligrosos bárbaros que ya una vez habían conquistado toda China consiguieron imponer una política de construcción de murallas de una ambición sin precedentes. Aunque las primeras construcciones de los Ming seguían siendo de tierra apisonada como lo habían sido todas las murallas anteriores, en el siglo XVI tramos enteros empezaron a hacerse de piedra, material con el que se elaboraron también las numerosas torres de guardia que jalonan su recorrido: de hecho los Ming fueron los primeros que optaron por crear una línea continua de fortificaciones conecataadas entre sí por una muralla. Este frenesí constructor se había de mantener hasta el final de la dinastía alcanzando su clímax en el reinado del emperador Wanli (1573-1620), hasta el punto que la frase habitual en chino para designar la Gran Muralla, *wanli changcheng*, Gran Muralla de diez mil *li*, era entendida por muchos como la Gran Muralla de Wanli, de pronunciación casi idéntica. Fue una solución muy gravosa, costada inicialmente con fondos locales, pero que al final tuvo que financiarse en gran parte con plata proporcionada directamente por el estado: aquí se enterró buena parte de la plata americana que la China de los Ming obtenía - vía el galeón de Manila - a cambio de sus sedas y porcelanas.

Fue precisamente en estas fechas, en el último cuarto del siglo XVI, cuando Martin de Rada y Miguel de Loarca desembarcaron en el sur de China seguidos poco después por Alfaro: sus narraciones, recogidas después en la *Historia verdadera del Gran Reino de la China* de González de Mendoza, publicada a finales del siglo XVI, recogen con razón los ecos llegados al sur de China de la enorme muralla que se estaba levantando en el norte contra los tártaros, proporcionándole una longitud de quinientas leguas. Los textos de los grandes jesuitas, encabezados por Matteo Ricci (1552-1610), la mencionaron siempre, añadiéndole o restándole millas suplementarias. La diversidad de criterios entre Marco Polo y los viajeros europeos no descualifica pues ni a unos ni a otros: es simplemente el producto de la diversidad de los tiempos.

Aunque los textos históricos chinos reservan muy poco espacio a la magna obra y la literatura de la época siguió ignorándola, la Gran Muralla no tardó en ocupar un espacio propio en todos los libros sobre China que se publicaron en Europa a partir del siglo XVII. Por aquel entonces la Gran Muralla tenía ya su trazado actual, con sus puntos terminales en las grandes torres del Gansu en Jiayuguan, a las puertas del desierto de Taklamakan, y en Shanhaiguan, donde la Gran Muralla se hunde ya en el mar. Sus tramos más visitados bordean todavía hoy las pasos que dan acceso a las ciudades de Beijing y Datong. Cuando las primeras imágenes de la Gran Muralla llegaron a Europa con la *China Illustrata* del jesuita Anastasius Kircher (1602-1680), la Gran Muralla pasó a ser parte esencial de la imagen de China que los jesuitas inventaron y transmitieron a la Europa de la Ilustración: el símbolo del noble y perenne aislamiento de un reino fantástico. Ya en el siglo XVIII, Voltaire le concedió una dignidad superior a la de las pirámides de Egipto, mientras en Inglaterra John Barrow, fundador de la Royal Geographical Society, dictaminaba que con los materiales de la Gran Muralla se podría alzar un muro que diera diez veces la vuelta a la tierra por la línea del ecuador. A fines del XIX, sus dimensiones habían crecido tanto que era ya el único monumento creado por el hombre que era visible desde la luna: cualidad que siguen reservándole algunos medios de comunicación del siglo XXI.

Y sin embargo, a pesar del entusiasmo creciente de los europeos a los largo de estos cinco siglos, la dinastía que sucedió a los Ming, la Qing o manchú (1644-1911),

creada por pueblos que procedían de las tierras septentrionales de Manchuria, no tenía el menor interés por la Gran Muralla y no realizó esfuerzos relevantes para continuarla ni mantenerla. En el siglo XIX, la Gran Muralla era más reverenciada en Europa – en la que una pléyade de viajeros, arqueólogos y geógrafos alimentaban un mito floreciente – que en China – cuya mirada se centraba entonces en las costas del sureste, sacudidas por las guerras del opio, y en su propio centro, desgarrado por las grandes revoluciones socio-religiosas. La caída de la dinastía manchú en 1911 y la instauración de la República no implicó tampoco cambio alguno respecto a la Gran Muralla. En la segunda mitad de siglo, aunque Mao la utilizara como noble simbología de la capacidad china de mantenerse por sus propios medios, la Revolución Cultural, que atacó todos los símbolos de la China tradicional, la castigó sin piedad, abriendo boquetes de grandes dimensiones en sus vetustos muros: piedras y ladrillos de la Gran Muralla Ming pasaron a reforzar las endebles estructuras de las casas en tierra apisonada de la China del norte.

La China de las reformas la ha hecho hoy objeto de un culto oficial, orientado básicamente a atraer turistas. Pero a pesar del reclamo que representa el dragón de piedra, la China del siglo XXI tiene otras prioridades: su impulso está de la costa, su objetivo es la modernización y sus jóvenes sueñan con todo lo que les relacione con el mundo exterior. China, cuyos productos inundan ahora todos los mercados, va camino de convertirse en una de las primeras potencias mundiales: en este contexto, la simbología maoísta de Gran Muralla resulta obsoleta y el orgullo y admiración con que los jóvenes chinos contemplan hoy el extraordinario monumento no está exento de extrañeza.

Recuadro 1

La primera relación de la Gran Muralla se la debemos a Miguel de Loarca, un soldado encomendero procedente de las Filipinas que en 1575 realizó un viaje al sur de China junto con el monje agustino Martín de Rada. Ambos dejaron una relación de sus viajes y en ellas aparece ya la Gran Muralla. Sin duda, Loarca describe de oídas la muralla que los Ming estaban levantando en aquel momento – asegura que está cubierta de teja y es toda de cantería -, pero le atribuye ya una antigüedad mucho mayor, vinculándola a la obra del primer emperador, dos siglos antes de nuestra era :

Y tiene este Reyno una cerca que segun dizen ellos tiene mil leguas y el nombre confirma desta larqueza que se llama bandi tzigia¹, que quiere dezir cerca de diez mil dis, que son mil leguas pero considerando al circuito de las Provincias que estan arrimadas a ella parece que en esta cuenta entra el circuito de aquella Provincias y la verdadera longitud son seiscientas leguas. Esta cerca mando hazer el rey Tzitzon² por amparo de los Tartaros con quien tenía frontera. Tiene esta cerca de ancho por lo baxo seis braças y por lo alto tres y siete braças de altura, toda cubierta de teja, obra admirable mas que las siete maravillas que cuentan del mundo, es toda canteria, y dizen los naturales que por las partes que ay cerros el cerro sirve de muralla aunque es en pocas. Para hazer tan maravillosa obra tercio todo el reyno de tres hombres uno, y donde avia cinco dos, y como yva tan largo camino y a diferentes temples, aunque cada Provincia acudia a parte cercana, perocio casi toda la gente que fue a la obra por lo qual y porque era segun dizen muy cruel se conjuraron sus vasallos contra el y le mataron.

Diez años más tarde, en 1585, González de Mendoza reproduciría palabra por palabra esta relación, inédita, en su *Historia verdadera del Gran Reino de la China*, modificando sin embargo la longitud de la Gran Muralla a la que atribuiría 500 leguas.

Recuadro 2

¹ *Wanli chancheng*, la gran muralla de diez mil *li*

² Qin Shihuangdi, el fundador del imperio Qin en el 221 aC

En contra de lo que sugiere la silueta actual de la Gran Muralla, los contactos entre nómadas y sedentarios no siempre fueron violentos: en realidad dependían unos de otros y la relación principal entre ellos era más comercial que militar. Para empezar, los nómadas necesitaban grano con que completar una dieta muy basada en productos animales. Desde luego, hubiesen podido dedicar algunos hombres a la labranza y de hecho lo hicieron a veces en aquellos parajes en que la estepa era menos árida: pero ello implicaba distraer del pastoreo a una parte de sus efectivos humanos, por lo demás siempre escasos. Sin duda resultaba mucho más rentable conseguir los recursos de sus vecinos sedentarios. Los nómadas deseaban también textiles más suaves que las pieles y el fieltro, es decir seda y algodón: la entrega sistemática de rollos de seda como parte esencial de la política de regalos practicada por los chinos para evitar la guerra convertiría la seda en la moneda de la estepa y acabaría llevando el suave tejido hasta la misma Roma. Por último, los nómadas necesitaban metales, especialmente hierro, para fortalecer sus armas de caza y de guerra. Los chinos, por su parte necesitaban pieles y lana, especialmente importantes para las poblaciones limítrofes a los mercados de frontera que soportaban el clima frío de la China del norte. Desde tiempo inmemorial, los chinos habían obtenido también de sus vecinos nómadas productos exóticos como el jade, procedente del Kunlun, o el lapislázuli, originario de Afganistán. Y, por encima de todo, los chinos necesitaron siempre caballos para la guerra ya que los grandes sementales nunca llegaron a aclimatarse bien en el Imperio del Centro por falta de pastos adecuados: la interrupción en el suministro de caballos hundió a más de una dinastía y el monopolio de este tráfico consolidó a menudo las grandes coaliciones de la estepa. Era un comercio muy activo, en el que unos y otros canalizaban productos procedentes de muy lejos en los mercados que jalonaban el recorrido de la Gran Muralla.

Recuadro 3

Lejos de inspirar el entusiasmo que le dedicaron los europeos a partir del siglo XVI, la literatura clásica china ha dedicado muy pocos párrafos a la Gran Muralla, y cuando lo ha hecho ha sido casi siempre para convertirla en un paradigma negativo. Cuando el gran general Meng Tian, que había construido las grandes torres Qin y ensamblado en una única línea las murallas anteriores por mandato del primer emperador Qin Shihuangdi, fue condenado a muerte, no encontró otra explicación a la magnitud de su desgracia que la de haber pecado contra el Cielo por haber levantado empalizadas y cavado fosos durante más de 10.000 *li*, cortando con ello las venas de la tierra. Símbolo tanto de despotismo y crueldad como del fracaso mismo de las dinastías que la habían levantado, la Gran Muralla fue labrándose en la literatura popular una reputación de dolor y muerte, basada quizás remotamente en el vago recuerdo colectivo de los sufrimientos ocasionados por la conscripción forzosa con que se erigió. Ya a finales de la dinastía Han la literatura popular se lamentaba de los hijos que eran arrancados de sus hogares para mandarlos a construir la Gran Muralla y de los esqueletos que se amontonaban en sus cimientos. La más popular de estas historias, que adquirió su forma definitiva 800 años después de los hechos que narra, es la de Meng Jiang, una joven viuda cuyo llanto desconsolado por la pérdida de su marido, al que el primer emperador Qin Shihuangdi había condenado a trabajos forzados en la Gran Muralla, hizo desmoronarse todo un tramo de ésta, permitiéndole así recuperar el cadáver. La historia se ha conservado viva durante muchos siglos y templos a Meng Jiang jalonan la campiña china aún hoy.

Dolors Folch
Barcelona, 3 de gener del 2005